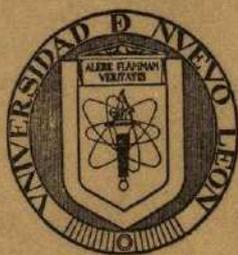


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

13



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1972

tanto del individuo como la de la comunidad. Como la naturaleza y sus criaturas se rigen por leyes interiores como por algo real, así sucede con el hombre si quiere hacer suyos los valores humanitarios; en otras palabras: el orden interno de su existencia individual y espiritual.

En los Estados Unidos, según se sabe, la revolución industrial ha cambiado los métodos de producción por un método de labor intenso por la introducción de la electricidad y el uso de la máquina. En los Estados Unidos, según se sabe, la revolución industrial ha cambiado los métodos de producción por un método de labor intenso por la introducción de la electricidad y el uso de la máquina.

HISPANOAMÉRICA Y ANGLOAMÉRICA: DISPARIDADES EN LA CONDUCTA SOCIAL

DR. EDMUND STEPHEN URBANSKI
Howard University
Washington, D. C.

HAY UNA DIFERENCIA inconfundible entre el comportamiento de los hispanoamericanos y los angloamericanos. Ya a primera vista se descubre que las actividades hispanoamericanas se caracterizan por una despreocupada lentitud, mientras que las angloamericanas por una prisa casi notoria. Cuando entre los primeros se oyen a menudo los dichos "Mañana será otro día" o "Dejémoslo para mañana", entre los segundos el lema cotidiano es "El tiempo es oro" (Time is money). Tales conceptos están muy arraigados en cada sociedad y tienen origen en la diferente filosofía de su vida. La de los anglosajones fue moldeada por la utilización del tiempo para una obra racional y creadora; la de los hispanos por la visión soñadora de la infinidad del tiempo y de lo imprevisto en el destino humano. Son conceptos que muestran una dicotomía de propósitos vitales. Mientras que los unos se dedican a sus tareas con diligencia casi religiosa, ya que el puritanismo prohibía el ocio, los otros se inclinan a la contemplación despreocupada y, a veces, a la excesiva pasividad sobre actividad cualquiera. Es una dicotomía psicológica del fondo anímico-ancestral, basada en antecedentes históricos que se nota, sobre todo, en el trabajo.

En el Norte nunca hubo exceso laboral inmigratorio y, por eso, siempre se utilizaba el tiempo para emprender algo provechoso y útil. En el Sur, donde existió abundante elemento laboral nativo, no había prisa en llevar a cabo de inmediato los proyectos. Los angloamericanos dependían, por lo general, de sus propios brazos y por eso carecían de tiempo para la holganza. En tanto, los terratenientes hispanoamericanos, merced a las inagotables reservas de trabajadores indígenas, pudieron dividir sus ocupaciones entre su propio oficio y la contemplación ociosa. Las consecuencias de tal estado explican la

existencia de la ambición económica angloamericana, mientras del otro, aparece el relajamiento hispano en asuntos laborales. Se moldearon, así, dos distintos criterios sobre el trabajo, que penetraron en la mentalidad colectiva de cada América.

He aquí unas observaciones, que tienen estrecha relación con las actitudes hacia el trabajo en los dos grupos étnicos, vistas en sus ambientes.

En los Estados Unidos, según se sabe, la revolución industrial ha cambiado los métodos de producción y ha suplantado la labor manual por la «automatización» mecánica. Obligó a los trabajadores a ajustarse a una nueva técnica de trabajo. Cambiaron las costumbres fabriles, exigiéndose ahora de los trabajadores más precisión y relativa rapidez en la ejecución de su tarea. Esto se refiere, sobre todo, a los ocupados en la «línea de montaje» (assemblyline) de las fábricas que producen automóviles, aviones, televisores, calculadoras, neveras, radios, máquinas de coser y de escribir, etc. Después de instalarse una pieza, se monta la otra, luego otra y así sucesivamente, en un tiempo limitado. Todo eso requiere coordinación de los equipos fabriles. La nueva técnica de trabajo exige adiestramiento mecánico y especialización, estimulando la competencia ocupacional. También las labores agrícolas son ahora casi completamente mecanizadas, lo cual también requiere bastante ajuste técnico. La especialización en estos y otros campos asegura mejores sueldos y abre buenas perspectivas de bienestar para la clase obrera y los empleados de oficina estadounidenses.

Los norteamericanos anteponen el trabajo al placer. Según creen ellos, los Estados Unidos tienen dos fuentes de riqueza: el trabajo y los recursos naturales, que están estrechamente ligados entre sí. Es un fenómeno cuyo contexto general no entienden claramente muchos extranjeros, desviados por otras consideraciones. Me di cuenta de ello en varias ocasiones. Cuando una vez visité una fábrica en compañía de algunos colegas hispanoamericanos, éstos fueron abrumados por la coordinación del trabajo en aquella planta industrial. Observando las tareas ejecutadas con precisión me preguntaron: ¿Por qué trabaja esta gente de una manera tan dura? y ¿no tienen suficiente dinero para vivir? Las preguntas no me sorprendieron, ya que provenían de personas en cuyos países se trabaja con menos intensidad y cuando se «les da la gana»... Por eso, a mis colegas hispanos, los trabajadores estadounidenses les parecían algo inverosímiles, como si fueran empujados por una fuerza mágica o fanática.

En Hispanoamérica la estructura tradicional agraria y la poco desarrollada industrial no ha proporcionado todavía a sus habitantes oportunidades para una iniciativa de tipo colectivo. Allí, todavía prevalece el trabajo manual. La creciente concentración de la gente de campo en los centros urbanos apenas puede ser absorbida por los servicios domésticos, artesanales y comunales; es

desproporcionadamente grande para las escasas necesidades de la industria incipiente. El éxodo de los campesinos de las comarcas rurales, según informan algunas fuentes fidedignas, causa una crisis en la producción agrícola, pues vastas áreas arables quedan sin cultivo. Por eso, los víveres son caros. La Reforma Agraria que abarcó apenas unos cuantos países, no resolvió en la mayor parte de Hispanoamérica la «sed de tierra» del campesinado indio-mestizo. La desproporción en la tendencia de tierras entre los *latifundios* y los *minifundios* en el Sur es todavía muy evidente y desalentadora para las masas rurales. Sin embargo, no hay que descontar que allí donde se llevaron a cabo ciertas reformas, la situación agraria tampoco ha mejorado de una manera muy notable. Con toda nuestra simpatía por las clases menos privilegiadas, no queda entonces otra cosa que examinar la relación que existe entre la voluntad de trabajo y la productividad de estas clases sociales en Hispanoamérica. Según parece, el bajo rendimiento de trabajo se debe principalmente a que, en la mayoría de casos, la gente trabaja sólo para satisfacer las mínimas necesidades de su sostenimiento. Esto se refiere, sobre todo, a los campesinos.

Parece que la falta de preocupación material se origina en la pereza, en los extremadamente modestos requisitos para la vida, y en la completa ausencia de la visión del mañana. La discusión de estos asuntos no produce ya impresión entre los hispanoamericanos, acostumbrados a tal situación, aun cuando provoque entre los más concienzudos un sentido de preocupación. Existe, pues, la tendencia de no excederse en sus esfuerzos fuera de lo absolutamente indispensable para subsistir. ¿Cuáles son las causas de tan extraña actitud? Parece que son varias, pero la principal es la falta de motivación, que posiblemente se remonta a los tiempos de la conquista. Los españoles, al subyugar a los indios y tratándoles de una manera poco humana, aparentemente les debilitaron la voluntad de trabajar a lo cual éstos estaban obligados. En tanto, los negros arrancados de África, con sus diferentes costumbres, después de ser esclavizados en América, tampoco sentían ardor por trabajar bajo el látigo. Los latifundistas criollos, en vez de servir de ejemplo de laboriosidad, ejercían la voluntad de mando, combinándola con el goce del ocio. Así, unos miraban a otros y aunque se cumplían las tareas, su efectividad no podía ser sino de un alcance económicamente limitado.

La caprichosa actitud hispanoamericana hacia el trabajo se convirtió en un complejo casi vicioso y abarcó considerables sectores geohumanos. Las fuertes repercusiones de esta postura sobrevivieron hasta nuestros días. Es interesante notar que tal actitud se atribuye, unas veces, a la falta de ganas y, otras veces, a las inconveniencias climáticas o topográficas. ¿Cómo, entonces, explicar que los inmigrantes extranjeros sean capaces de trabajar más efectivamente en las mismas condiciones y en las mismas zonas? ¿No hay en eso con-

tradicción? Desde luego, hay excepciones de la mencionada postura hispanoamericana en algunas áreas industrializadas o de agricultura mecanizada, en las cuales las condiciones obligan a la gente a modificar su conducta. Desde luego, más alentadoras son las ambiciones económicas que despliegan los más dinámicos estratos de la sociedad burguesa hispanoamericana, reforzada no raras veces por la inmigración europea o asiática.

Sin embargo, el temor de que varios negocios en Hispanoamérica pudieran ser acaparados por los forasteros, hace que algunos países mestizos limiten y aun excluyan el movimiento migratorio. El creciente nacionalismo se opone abiertamente a la preponderancia económica extranjera. No hay rechazo cuando los inmigrantes absorbidos por su nuevo ambiente, se vinculan por medio de nexos matrimoniales. Tal hecho, bien visto, está considerado como muestra de su voluntaria integración en la sociedad de su patria adoptiva. Peor es cuando los inversionistas extranjeros viven apartados, considerándose como un exclusivismo social, aun cuando no falte exclusivismo y snobismo nativo. Se nota que en Hispanoamérica la inmigración europea de la clase media es más apta a la integración que los menos numerosos pero económicamente más importantes residentes norteamericanos. Las consecuencias de tal situación se manifiestan en la relativa popularidad en Latinoamérica de los europeos y en la relativa impopularidad de los yanquis, llamados despectivamente «gringos». En cambio, los extranjeros-inmigrantes, una vez admitidos a los Estados Unidos, participan en los negocios y en las profesiones a base de igualdad con los demás ciudadanos. Tampoco se les exige ninguna integración social, ya que su trabajo es una prueba suficiente de su contribución al desarrollo estadounidense. Peor suerte corren los labradores (de temporada) de las regiones fronterizas, a cuya competencia rivalizadora se oponen a menudo los celosos y fuertes sindicatos laborales estadounidenses.

Otras facetas de la conducta social en las dos Américas están íntimamente relacionadas con su convivencia ambiental.

En Hispanoamérica la apacibilidad de la gente y la lentitud del tiempo de vida hacen las condiciones de convivencia agradables. La sonrisa, parece indicar como si el ambiente careciera de preocupaciones. La etiqueta de saludos es efusiva y se caracteriza por un exceso de afabilidad, si bien impresionante, también parece a veces algo artificial. Es una manifestación de la extraversión hispánica, en la cual el temperamento posiblemente se una a la ecología climática, constituyendo una conducta sumamente placentera. Dentro del marco tradicional de buen tono hay mucho servilismo verbal. Al oírse con frecuencia da la impresión como si fuera forjado por el deseo de decir algo grato y elogioso más bien que por llevar a cabo los servicios prometidos en la cortesía verbal. Todo eso produce, sin embargo, una agradable apariencia de urbanidad, que es cultivada por todas las gentes.

La cortés actitud hispana tiene probablemente alguna relación con la humildad, ya que es de sobremanera impresionante en los lugares aún apartados de los núcleos de civilización. A veces parece que mientras más humilde o más prudente es la gente, tanto más cortesía genuina ostenta. Desde luego, el paternalismo impuso pautas de cortesía entre los humildes o humillados, lo cual se refleja hoy en la actitud cortés aun de los más pobres.

Muy popular es la gesticulación. Este fenómeno tiene, empero, en los países hispanoamericanos un significado opuesto al acostumbrado en otros países, donde está considerado como algo vulgar. El intenso emocionalismo hispánico se manifiesta no sólo en palabras sino también en gestos. Por eso, la gesticulación que es parte de la conducta general, no puede ser clasificada como un fenómeno extraño, sino más bien como rasgo inseparable del conjunto idiosincrático. Como lo comprueban los sociólogos, es una manifestación del efusivo temperamento latinoamericano, tan distinto de la más rígida y más controlada conducta anglosajona.

En Angloamérica el tiempo de vida es rápido y hasta furioso, lo cual no deja tiempo a los yanquis para gastarlo en cosas que parecen de dudosa utilidad. Tal factor que emana también del complejo de la civilización tecnológica, impone sobre la vida estadounidense una considerable dosis de convencionalismo social y de costumbres. La etiqueta estadounidense se manifiesta a través de una amable sonrisa, que parece más o menos estandarizada desde Nueva York hasta Miami y desde San Francisco hasta Boston. Es una curiosa mezcla de cortesía personal, entretejida con cierta gravedad, como un posible reflejo de preocupaciones circunstanciales. La sonrisa yanqui es relativamente corta, afable, pero poco afectiva. Constituye parte de la introversión, que motiva y rige la vida angloamericana, tal vez con demasiado comedimiento. Es una postura que la acerca a la idiosincrasia de otras naciones anglosajonas, aun cuando sea algo incomprensible para los extravertidos pueblos hispanos.

Lo que asombra a muchos extranjeros es el valor mesurado que los angloamericanos aplican a sus palabras, proyectos y actividades cotidianas. Todo eso produce el efecto de firmeza, incompatible por su seriedad con la fantasía y la actitud vanidosa de otras sociedades. La postura conformista estadounidense se refleja en sus modos de actuar, vivir y vestir. Sin embargo, no todos los modales son iguales, ya que oscilan entre la moderada ambición rural-pequeño urbana y la sofistería intelectual y metropolitana. Esta postura está recientemente minada por las exigencias de la descontenta generación joven (los hippies, los «revolucionarios»). Así, al lado de la vigente *American way of life* o sea la manera típica de la vida estadounidense, se vislumbra una tendencia de revalorizarla ideológicamente. Es un complejo integrado por la agresividad de actuar y la curiosidad mental, operantes den-

tro de una manera poco afectada de conducta. Dicha conducta oscila, a veces, entre la humildad y la arrogancia, y otras veces, entre la simplicidad y la sofisticación, con relativamente pocos engrimientos. No obstante, por tratarse de una nación tan heterogénea como los Estados Unidos, es bastante difícil definir el perfil idiosincrático de un yanqui típico, a menos que uno cayese en los *clisés* estereotipados, que no siempre satisfacen un análisis imparcial.

Al margen de la distinta conducta social observada en las dos Américas, se puede hacer la siguiente observación. La civilización hispanoamericana contiene varios componentes humanos, que de una manera benévola propician la relajación en el modo de vivir y pensar de su gente: no la obligan a cambios radicales a menos que éstos emanen de su propia voluntad. Lo contrario ocurre en la civilización angloamericana, cuyo rápido desarrollo tecnológico impone varias exigencias; éstas, a su vez, ejercen una tremenda presión social sobre la población. Consecuentemente, las mencionadas circunstancias parecen favorecer la retención de varios rasgos tradicionales hispanoamericanos, mientras que conducen al cambio inevitable de los rasgos angloamericanos, sometiendo sus valores a una transformación acelerada.

Interesantes son los aspectos de la personalidad que se reflejan en cada sociedad a través del orgullo o de la dignidad.

El orgullo hispanoamericano se originó, como se sabe, de la mezcla racial indo-española y es una parte inherente de su idiosincrasia. Llegó a ser un rasgo popular que ahora domina todas las fases de la vida hispanoamericana. A veces se relaciona el orgullo con el linaje ibérico para subrayar el esplendor ético o para ligarse a la pasada gloria de España. No son raros los casos de su inconsciente utilización aun por aquellos que son emocionalmente antiespañoles. Otras veces, el orgullo sirve para mostrar la *hombria*, o sea, el *machismo*, es decir, ciertas cualidades de superioridad masculina en instantes determinados. Las manifestaciones quizá más profundas y posiblemente desprevénidas, del orgullo ibérico, se hallan en el *absolutismo mental* hispanoamericano, que abarca especialmente a los sectores culturalmente avanzados.

Se expresa este orgullo en el popular *yoismo* que es la obstinada convicción que cualquier individuo tiene acerca de su irrefutable posesión de la verdad, de la cual emana su creencia en la rectitud de su actuar. Esta actitud, por lo general, linda con la soberbia. La presencia del orgullo se nota también en la extrema sensibilidad del trato particular de los hispanoamericanos entre sí y con otros pueblos, aun cuando tal conducta pueda clasificarse más bien de dignidad. El orgullo causa desacuerdos en la vida pública, oponiéndose al espíritu conciliador entre los políticos y fomentando polémicas entre los intelectuales. Sus curiosas expresiones se manifiestan, a veces, en la irracionalidad de la argumentación y, otras veces, en la pomposidad retórica, pero no

faltan casos de controversias legítimas. El orgullo envuelve el ambiente social, creando, a menudo, situaciones explosivas y comprometedoras.

Los angloamericanos, en cambio, ostentan dignidad. Su origen estriba en la satisfacción del bienestar obtenido mediante logros individuales y colectivos. La dignidad estadounidense, casi por regla, no tiene ninguna noción de pomposidad étnica. Tampoco se podría fácilmente trazar su abolengo multisanguíneo, que raras veces le preocupa al angloamericano medio. La inmensa mayoría estadounidense proviene de las clases humildes. Debido a sus propios esfuerzos han podido salir de su anterior estrato económico y, así, lograron su propia dignidad. Esta actitud la mantienen los yanquis y la transmiten a sus hijos, siendo su dignidad símbolo de la igualdad social. La dignidad llegó a ser un rasgo común de la idiosincrasia estadounidense, convirtiéndose en una manifestación de su superación humana a escala comunitaria y nacional. La ostentan tanto los ricos como los pobres, los "viejos" yanquis y los "nuevos".

Cuando los norteamericanos viajan en otros países donde hallan condiciones de vida inferiores a las suyas, instintivamente sienten y muestran un sentido de superioridad. Esta actitud superior es a veces tildada de orgullo y hasta soberbia. Parece, sin embargo, tener más bien rasgos de una autoconfianza algo arrogante, ya que linda en el desprecio de otros sistemas sociales y políticos. Es uno de los «pecados» psicológicos de la idiosincrasia estadounidense. Los observadores extranjeros lo señalan como resultado de una actitud simplista del norteamericano medio, pero parece que resulta de la preferencia por su propio modo de vivir. De otro lado, el sentido de dignidad le empuja a este mismo yanqui a criticar los asuntos de su propio país, y también le proporciona una fortitud inmune a las severas y frecuentes críticas extranjeras. Como un individuo más o menos disciplinado y satisfecho de su «way of life», simplemente siente indignación por el sistema dictatorial, tan ajeno a su mentalidad. Por eso, el único instante cuando el yanqui se siente orgulloso es el de «ser» norteamericano, pero sin sentirse nacionalista en el sentido generalmente aceptado en otros países.

Digna de mención es la reacción que la sociedad de cada una de las Américas ostenta hacia los asuntos de su ambiente.

La actitud hispanoamericana hacia muchos asuntos ambientales está cargada de emocionalismo, que a menudo la desvía de un extremo a otro. Tal hecho acrecienta la sensibilidad sobre cualquier acontecimiento, aunque no necesariamente influya en el curso de su marcha. Como los asuntos políticos gozan siempre de un enorme interés popular, son ellos los que causan la mayor divergencia de opiniones. Se manifiestan en frecuentes controversias explosivas, que también abarcan los asuntos culturales y sociales. Los instigadores de tales controversias lucen, a menudo, gran inteligencia, entretejida

con fantasía y pericia polémica. La arena de sus actividades son la prensa y las letras. Los polemistas saben a veces captar la atención pública con las páginas más sabrosas para el lector, que se emociona con la controversia casi de la misma manera que ellos. Muchas polémicas son de carácter puramente teórico, otras directamente relacionadas con los problemas vitales.

El espíritu polémico es un rasgo idiosincrático hispanoamericano muy ostentoso. Aunque ayuda a descargar la acumulación emocional, no siempre halla soluciones visibles y mucho menos contribuye al apaciguamiento de las tensiones ambientales. La tradición polémico-política en Hispanoamérica es de vieja data. También lo es la tradición polémico-literaria, cuyo conocido ejemplo fue la famosa disputa sobre Romanticismo y Clasicismo, que llevaron a cabo Sarmiento y Bello en Chile a mediados del siglo XIX. Tal tipo de controversia académica halla todavía muchos seguidores apasionados, quienes cruzan sus plumas por mera satisfacción de su ambición. Lo hacen también los politizados militares, cruzando sus armas con los estadistas hispanoamericanos en frecuentes cuartelazos y revoluciones. También es curioso notar que la extrema sensibilidad que emana del emocionalismo no permite a muchos hispanoamericanos conceder derecho de crítica sobre sus asuntos a los extranjeros. Pretenden simplemente sentirse ofendidos por cualquier alusión negativa, pero a la vez creen tener derecho de criticar los asuntos de otras naciones, y lo hacen con aire de superioridad. Es una muestra de la dicotomía psicológica hispanoamericana poco comprensible, sobre todo, a los intelectuales europeos y estadounidenses, acostumbrados a «fair play», o sea, al juego limpio.

La actitud angloamericana hacia los asuntos nacionales e internacionales se manifiesta de una manera colectiva y a menudo espontánea. Más que polémicas conducidas por unos individuos, la reacción asume carácter público. Esto quiere decir que muchas personas y aun grupos que representan distintas ideologías, participan en una extensa discusión de los asuntos vitales para la comunidad o para la nación. Lo atestiguan los discursos parlamentarios y las demostraciones de determinados grupos, sea contra la guerra en Vietnam o en pro de la integración nacional más estrecha de algunos grupos minoritarios. También hay variedad de opiniones emitidas por la prensa, radio y televisión, que encontrándose en manos particulares, levantan su voz sin miedo. Es un privilegio del sistema democrático, que aunque tienen algunas imperfecciones, permite expresar desacuerdos individuales y colectivos. Sin estar exentas de cierta dosis emocional, estas prácticas llevan a frecuente reconciliación, sobre todo, en los asuntos industrial-laborales. En cambio, peor suerte corren las demostraciones políticas demasiado racionales, pero también éstas, como muestra de la indómita dinámica social, están tomadas en cuenta. Quizá el rasgo más significativo es la autocritica de algunas prácticas sociales y econó-

micas, bastante desarrollada en el ambiente estadounidense. Tal actitud parece comprobar la flexibilidad mental yanqui, que a pesar de sus bases racionales, no está exenta de cálculos y prácticas erróneos. La reacción angloamericana frente a nuevas situaciones de vida es, muchas veces, más rápida que en otros ambientes.

La reacción mental hacia los asuntos vitales acusa, pues, una diferencia inconfundible entre Hispanoamérica y Angloamérica. Algo intermedio ocurre en Puerto Rico. Allí, la fusión de la arraigada tradición cultural hispánica con los nexos civilizadores estadounidenses, ha creado una postura que absorbe rasgos de ambos elementos. No es que los puertorriqueños sean menos «latinos» que sus hermanos hispanoamericanos. Pero, debido a las condiciones muy especiales en la isla, su *intelligentsia* ha asumido su propia perceptibilidad. La actitud que ostenta en las letras es, a veces, moderada y entretijada con rasgos racionalistas. Esto no excluye que en Puerto Rico haya polémicas que son expresión de sus inquietudes políticas y literarias. Son frecuentes y no les falta el temperamento tropical.

Otras facetas de la conducta que afirman la disparidad de patrones sociales en las dos Américas, son las siguientes:

Hispanoamérica sigue mostrando indulgencia hacia el ocio, y por eso, no se advierte todavía la consecución apresurada de tantas comodidades materiales que acompañan el modo de vivir angloamericano. Algunas costumbres hispanoamericanas, merced a su carácter gentil y apacible, contribuyen al espíritu apaciguador de la sociedad. Constituyen, así, una compensación de las inconveniencias económicas e inquietudes políticas, que a menudo llevan a las masas a una actitud de resignación. Se expresan en el desaliento colectivo e inercia pública, que en su conjunto producen apatía. Por eso, los cambios de los regímenes políticos, raras veces, conmueven al público hispano y mucho menos le impresionan sus promesas del «mejor porvenir». Es un extraño estado de indiferencia, contrapuesta a la reacción rebelde que siempre late en la subconciencia hispanoamericana, pero que pocas veces tiene la oportunidad de expresarse de una manera genuina. La gente, por eso, halla consuelo y relajación emocional en el intenso cultivo de las relaciones sociales. Esta propensión emana *per se* de la extraversion hispanoamericana, siendo la amistad un verdadero sostén de su vida. Son relaciones que se basan en la intimidad de la vida familiar y en la de determinados grupos de amigos.

Dentro de los lazos de la amistad hispana un papel significativo lo ocupa el *compadrazgo*, que es una costumbre de prestarse ayuda mutua en circunstancias convenientes. Merced a sus frecuentes prácticas, el *compadrazgo* llegó a ser un ingrediente básico de la idiosincrasia hispanoamericana. Hay que decir que la amistad hispana es mucho más íntima y cordial que la que se cultiva en la sociedad anglosajona, donde se manifiesta a través de las rela-

ciones formales, pero carece de »interioridad«. La franqueza y la cordialidad hispana de trato son rasgos que distinguen esta amistad muy favorablemente. Otra cosa es la llamada »amistad política« de la que no siempre se fían los mismos políticos, sobre todo, los que se vuelven contra sus antiguos amigos. Conviene explicar que el término »amigo« se usa corrientemente en Hispanoamérica, sin que no siempre corresponda a su sentido verdadero. En muchos casos se trata simplemente de »conocidos« más bien que de »amigos«, pero como la lengua castellana es muy flexible, es una de tantas extravagancias semánticas. La vida hispanoamericana, rica en valores humanos, desde luego, no siempre está cubierta de rosas. No faltan, pues, traición, corrupción y desfalcos, alternados entre la mojigatería de los países mestizos y la llamada »viveza« de los países criollos.

En Angloamérica la conducta colectiva está sujeta a varias presiones sociales, que se desprenden del acelerado tiempo de su vida y de la rigidez que acompaña el veloz ritmo de su civilización. Como todo aquí se mueve sobre ruedas o se pone en marcha mediante botones automáticos, la convivencia estadounidense es completamente alejada de la placidez social hispanoamericana. Su tono predominante es la nerviosidad asociada a una prisa notoria. El modo de vivir estadounidense, por haberse establecido al ritmo de opulencia y progreso mecánico, se manifiesta en la constante demanda de facilidades técnicas, tanto domésticas como ocupacionales. Tales circunstancias acrecientan las exigencias y búsqueda de nuevas prerrogativas, lo cual influye en el recrudescimiento de ciertos modales, atrevidos e impacientes. Causan también inevitables conflictos psicológicos y choque de personalidades. Un ejemplo típico de la preocupación yanqui es su constante observar el reloj y el tiempo designado para cada actividad cotidiana.

La vida estadounidense parece a los extranjeros como si los yanquis no tuvieran tiempo para gozarla, en lo cual hay mucha verdad. Lo cierto es que los angloamericanos gozan tanto de su trabajo como de su poco pasatiempo. Lo malo es que nunca les sobra tiempo para más diversión, mientras que su abundancia es visible en otras sociedades. Es una postura colectiva, cuya mejor ilustración es el reducido número de fiestas en los Estados Unidos, frente a la impresionante cantidad de festividades hispanoamericanas. Sin embargo, la vida de la familia angloamericana sufre del exceso ocupacional, sobre todo, cuando además del padre, también trabaja la madre. Entonces los hijos se crían sin la supervisión paternal, lo cual raramente ocurre en Hispanoamérica. Se debilitan, así, los lazos de la intimidad familiar estadounidense, en contraste a los fuertes lazos hispanoamericanos. Por eso, el respeto de los hijos otorgado a sus mayores es más débil en los Estados Unidos que en Hispanoamérica. El convencionalismo angloamericano no está exento de hipocresía y malversaciones, que persiguen tanto su vida comercial como pública, sin ex-

ceptuar las actividades ocupacionales y políticas. Conviene notar, sin embargo, que los asuntos políticos no traen tanto la atención angloamericana como la hispanoamericana. El »ardor« político yanqui ocurre principalmente durante el período de las elecciones presidenciales y se apaga después. En cambio, la politización de la vida hispanoamericana es permanente, girando alrededor del *personalismo* o sea el culto al personaje escogido para el liderazgo político.

Otras disparidades sociales entre las dos Américas se expresan en sus diversos modos de vida y diversión.

Muchas familias hispanoamericanas, merced al tradicionalismo social, ocupan el mismo solar por mucho tiempo. Llevan allí su vida sedentaria, compartiéndola a la vez dos y, a veces, tres generaciones del mismo »clan«. Los moradores de una casa burguesa media son, por lo general, bastante numerosos. La convivencia se lleva a cabo a base de mutuo respeto. Como prevalece la gente de edad mayor, no falta cuidado a los niños. Las criadas cocinan, mantienen limpieza y sirven a todos. Aparte de las funciones normales, en este seno familiar se efectúan fiestas y tertulias, casi siempre con varios invitados, dentro de un espíritu de cordialidad. Allí los hijos estrechan la amistad con sus compañeros y compañeras, y los padres prefieren tales encuentros más que las citas fuera de su casa. Quizá algunos jóvenes, merced a tales procedimientos están algo mimados, pero este acercamiento social se desenvuelve dentro de una forma de respeto y decencia. El ritmo acelerado de la vida granurbana, desde luego, transforma sus modales, haciéndolos más »modernos«.

La familia hispanoamericana media posee el televisor, pero asiste de vez en cuando a los conciertos y a las tradicionales corridas de toros, pero de popularidad especial goza el cine. Las señoras-amas ocupadas con algunos programas de acción social, se reúnen a veces en el centro y meriendan allí con sus amigas. Los cafés en Hispanoamérica, a semejanza de los de España, sirven de pasatiempo y como sitios de reuniones bohemias, principalmente, a los hombres. Estos, no raras veces, se dedican a la placentera vida nocturna en los cabarets, sin estar acompañados de sus esposas. Además de su propio hogar, no pocos hombres pudientes sostienen la »casa chica«, que les proporciona placeres extramatrimoniales. Sin embargo, las mencionadas circunstancias no parecen perjudicar seriamente la vida familiar, al juzgarla por el insignificante número de divorcios. Los que ocurren todavía causan un escándalo social. El divorcio como tal, por lo general, se considera un estigma en el ambiente católico hispanoamericano, sirviendo así de freno para una posible crisis social.

La familia angloamericana, generalmente, más pequeña que la hispana, ocupa una casa para su uso exclusivo. Raramente viven con ella sus parientes. Debido a su movilidad ocupacional, la familia media yanqui no raras veces

muda su vivienda y, merced a ello, sus hijos asisten a las escuelas en varios sitios. Esto debilita el sentido «localista» de no pocos norteamericanos, compensándose con una variedad ambiental. La vida de la familia estadounidense es bastante convencional, basándose su convencionalismo en los modos de vivir y actuar generalmente aceptados. No produce una atmósfera íntima de tipo hispano, pero tampoco priva de cordialidad familiar. El rigor ocupacional yanqui hace su vida esquemática y funcional, pero también le proporciona todos los ingredientes de una dinámica social, que es capaz de satisfacer sus ambiciones individuales. Empero, cuando los dos padres trabajan fuera de la casa, a los hijos se les deja demasiada libertad; ello es de dudoso valor en el desarrollo de su conducta, aunque les provee de cierto sentido de independencia individual.

El servicio doméstico en los Estados Unidos es caro. Por eso, del manejo de la casa se ocupa la esposa, que para tal fin tiene varias comodidades técnicas; en su tarea le ayuda, a veces, su marido. Las fiestas que se celebran en la casa estadounidense son pocas y su atmósfera es relativamente formal. Los centros adicionales de las actividades sociales son los «clubs», «drug stores» y el cine, que hace tiempo alejaron a los yanquis de sus hogares. Contribuye a tal alejamiento la facilidad de tener automóvil. En las últimas décadas, facilitan en el acercamiento familiar los programas de televisión, ahora un pasatiempo de gran popularidad. En algunas ocasiones los esposos van juntos a los juegos de fútbol, los restaurantes, los teatros y los cabarets o visitan a sus amigos, divirtiéndose mutuamente. Pero como no todo es miel, no faltan descontentos matrimoniales serios, que son causados por la neurosis o por la superambición de uno de los cónyuges. Terminan en divorcios, cuyo porcentaje es muy alto. Conviene decir, sin embargo, que estar divorciado, en la mayoría de casos, no constituye un estigma social en los Estados Unidos. El creciente uso de los narcóticos entre los jóvenes causa también mucha preocupación social estadounidense.

¿Cuáles son los patrones de conducta de la familia, que hacen tan diferente una América de la otra, en cuanto el problema femenino?

De acuerdo con el concepto de *patriarcado*, arraigado tanto en la tradición hispánica como en la del indígena americano, la vida del mundo hispanoamericano se resuelve alrededor del hombre. El es cabeza de la familia y depositario de toda autoridad en su hogar. Cualquier transgresión de esas prerrogativas tradicionales sería equivalente a borrar el significado de «hombria» del conjunto de la idiosincrasia hispana. Tal estado legal-costumbrista le deja decisiones indisputables en todo, incluyendo la moralidad la cual, a veces, el mismo ofende. El hispanoamericano ejerce su autoridad sin preocuparse demasiado de los sentimientos de su esposa, la cual es más sumisa que la mujer angloamericana. Sin embargo, cualquiera que sea su papel, es ella la que

mantiene la unión de la familia, debido a su abnegación y fortaleza moral. Es inteligente, pero quizá no tan ambiciosa como la mujer del Norte. Por no haberse inmiscuido tanto en los oficios típicamente masculinos como sus coetáneas yanquis, las damas hispanoamericanas han sabido conservar el encanto de su feminidad en una forma muy genuina.

Los angloamericanos también heredaron el concepto de la preponderancia del «sexo fuerte» de sus progenitores insulares. Sin embargo, durante el empuje colonizador hacia el oeste de los Estados Unidos (mediados del siglo XIX), la mujer yanqui se encontró en una situación protectora. La exigía la necesidad de ampararse de la violencia fronteriza. Tal condición se cambió aún más a su favor en la época contemporánea, cuando ella ganó la igualdad de derechos. Esta circunstancia, así como su activa participación en la vida socioeconómica, aseguró a las mujeres estadounidenses una posición decisivamente privilegiada sobre las mujeres hispanoamericanas. De ahí en adelante empieza a desarrollarse una especie de *matriarcado* o por lo menos piensan instituirlo las damas angloamericanas. La ingerencia de las mujeres yanquis en varios campos de vida es agresiva e inteligente. Según parece, su influencia e imposición sobre los hombres se manifiesta tanto en su vida privada como en las empresas que ellos acometen; posiblemente, también, en el compromiso de sus principios. Por eso, el yanqui es menos autócrata que el hispanoamericano, sin dejar de ser cabeza de la familia. Aunque las decisiones finales en muchos asuntos se encuentran en las manos masculinas, la relativa independencia femenina deja su huella sobre el ambiente angloamericano, con todas sus virtudes y defectos morales.

Distintas también son las costumbres del noviazgo en las dos sociedades. En los países hispanoamericanos todavía prevalece el deber de acompañar a las señoritas durante la cita para asegurarles la dignidad y el decoro. Eso impone restricciones de demasiada intimidad, las cuales refrenan las posibilidades de los abusos pasionales, con lo que se evitan varias complicaciones. En el ambiente angloamericano, una vez presentado el galán a la familia de la señorita, los padres de ella con frecuencia les dejan salir juntos. Según la creencia nortea, eso estimula a los jóvenes a acostumbrarse a las realidades de la vida, sin abusar de la mutua confianza de los sexos. Otro asunto es el famoso *piropeo*, una supervivencia costumbrista peninsular. Es una galantería verbal latina hacia las señoritas, a quienes gusta tal forma de cortesía. Aunque a los jóvenes angloamericanos no les falta de todo la etiqueta en su cortejo, ésta es más sencilla y quizá menos impresionante. Es una etiqueta simplificada. Estos fenómenos se explican, por un lado, por la extraversion hispanoamericana, y por el otro, por la introversión angloamericana.

Conviene mencionar que como resultado de la revolución social angloamericana de las últimas décadas, tuvo lugar también una *revolución moral*. Se

expresa en el cambio de costumbres y valores morales, y es resultado de la creciente prosperidad, movilidad social y la avanzada situación legal de la mujer. Todos estos factores han contribuido al relajamiento del antiguo código del comportamiento moral. Se lo ha sustituido con un nuevo concepto de casi ilimitada libertad individual, que afecta también las costumbres sexuales. El antiguo, «doble» *standard* de moralidad que requería la castidad de la mujer y no la del hombre, parece ahora cada vez más una costumbre caduca, lo cual difícilmente pueden combatir aún las doctrinas religiosas. La estrecha relación entre la accesibilidad del automóvil, la emancipación femenina y la disponibilidad de contraceptivos, cambiaron considerablemente la moralidad sexual. Sus efectos son dobles. Se nota un ininterrumpido brote de matrimonios jóvenes de menos de veinte años y, a la vez, un alto grado de divorcio causados por la insuficiente preparación de muchos para una vida normalizada. En tanto, las consecuencias del libertinaje se manifiestan en el creciente número de abortos. En los Estados Unidos se practican, principalmente, por conveniencias sociales, ya que facilitan a las jóvenes seguir su carrera ocupacional. Mientras tanto, en Hispanoamérica son, mayormente causados por la pobreza, ya que muchas familias no son capaces de sostener a demasiados hijos.

La vitalidad reproductora siempre ha existido en el Nuevo Mundo y a ella se debe la reciente «explosión» de la población latinoamericana, la más alta del mundo (ca.3%). En los Estados Unidos el incremento demográfico es más moderado (1.3%) y fue regularizado en el pasado por la represión erótica del tradicionalismo puritano.* Tal represión ha sido recientemente sustituida por la obsesión de la presente generación estadounidense por el sexo, la cual P. Sorokin y otros llaman *revolución sexual*. Hay que entenderla como un estado psicológico que motiva este libre albedrío más bien que una tendencia por aumentar la tasa del crecimiento demográfico. No es un fenómeno restringido a los Estados Unidos, porque desde la II Guerra Mundial se lo nota también en varios países de Europa, aunque con más discreción. Sin embargo, lo novedoso es que los problemas sexuales se discuten y estudian abiertamente en los Estados Unidos, mientras que en los países europeos e Hispanoamericanos casi hasta hace poco se los consideraba como una cosa *tabú* y, por eso, se vacilaba exponerlos públicamente. El ambiente hispano frenaba tales problemas para no ofender al buen gusto y los sentimientos religiosos, aun cuando su actitud no necesariamente careciese de mojigatería moral. En tanto, la falta de la discreción angloamericana, aunque sin motivaciones ulteriores, dudosamente contribuye a mantener el pudor público.

* Según las estadísticas oficiales, el incremento demográfico durante el período 1965-1970 fue el siguiente: Estados Unidos 1.3%, Canadá 1.9%, Latinoamérica (promedio) 2.9%, México y Centroamérica 3.2% y Sudamérica (promedio) 2.7%.

Interesantes aspectos de la conducta colectiva ofrecen los deportes, cultivados intensamente en las dos Américas.

Entre los juegos estadounidenses, el *beisbol* (baseball) es el que goza de mayor popularidad, siendo miles el número de sus equipos. Algunos de ellos organizados en «ligas nacionales», compiten en campeonatos anuales y sus juegos son seguidos por el público con gran atención. La juventud yanqui conoce los nombres de los beisbolistas notables de memoria y se emociona con sus logros deportivos, considerándolos como una especie de héroes nacionales. En tal respecto hay mucha exaltación que linda con una mística colectiva. Se expresa también en el hecho de que algunos jóvenes por haberse distinguido en este deporte, se consideran como si poseyeran una cualidad personal superior; como tales, gozan de admiración social. Otros deportes favoritos yanquis son el boxeo, las carreras de caballos y el tenis. Las ambiciones estadounidenses en romper *récorde*s deportivos acusan cierta semejanza a las que ostentan en otros campos de vida.

Los hispanoamericanos, a su vez, muestran gran entusiasmo hacia la *corrida de toros*, tradicionalmente cultivada en México, Colombia, Venezuela, Perú, y ocasionalmente, en otros países. De origen español, la corrida es una fiesta deportiva de carácter popular. Durante ella el entusiasmo frenético llega a su culminación cuando el torero logra matar al toro. Los toreros, debido a su pericia y bravura personal, llegan a ser ídolos nacionales. Desde hace mucho tiempo de gran popularidad latinoamericana gozan también deportes como el fútbol (soccer), el boxeo y las carreras de caballos. Los juegos de conocidos equipos futbolistas están seguidos con gran emoción, sobre todo, sus encuentros internacionales. Las victorias de estos equipos son casi equivalentes a los triunfos nacionales y son celebradas de una manera espontánea. El emocionalismo latino en tales casos se convierte en una mística deportiva.

Otros aspectos de la conducta colectiva se manifiestan a través de unos rasgos típicos, encontrados en cada ambiente americano.

La atmósfera apacible es quizá una de las características sobresalientes de la vida hispanoamericana. Se la mantiene instintivamente y por tradición. Sus causas incentivas son el rico calendario de aniversarios y otras ocasiones, así como el ya mencionado *compadrazgo* con sus obligaciones sociales. Es algo que no encuentra nada semejante en el ambiente angloamericano. La propensión hispana hacia el cultivo de tan estrechas relaciones se basa no sólo en los lazos de camaradería y amistad, sino también y, sobre todo, en el gozo individual de vivir de la manera más agradable posible. Es una postura psicológica que constituye un estilo de vida en sí mismo, con el fin de evitar cuantas incomodidades puedan. Por eso, a veces, el ambiente hispano parece como si lindase con la divina disociación de la realidad, que pudiera nublarlo con cosas imprevistas. Para protegerse de tales posibilidades, el hispanoame-

ricano prefiere gozar de «hoy», porque «mañana» podría infligirle algún disgusto inesperado. Además, lo favorece la relativa lentitud de la marcha de los acontecimientos al compararlos con el rápido ritmo norteamericano.

Debido a estas circunstancias, el individuo hispano asume una actitud de espera, que a menudo se transforma en pasividad, especialmente, en cuanto a las decisiones que tiene que tomar. Otra característica es la *ceremoniosidad hispana*, que llena al individuo con aparente satisfacción. Hay quienes la llaman actitud formal, pero parece que excede la cortesía corriente. Cierta aspecto de la formalidad lo constituye el «papeleo», que consiste en la lenta manipulación burocrática de los asuntos, pertenecientes a la competencia de una oficina gubernamental o un despacho comercial. La apacibilidad general hispana tiene sus raíces en su civilización, que posee muchas facetas de serenidad y comprensión humana. Tal «textura» psíquica favorece una actitud contemplativa y no presiona a nadie a una acción inmediata, a menos que ésta sea provocada por el temperamento o por la urgencia de algunos asuntos instantáneos. Todos estos factores no exceptúan que el hispanoamericano tenga que luchar por la vida como cualquier ser humano, enfrentándose con muchas contrariedades.

Contrario a la relativa relajación hispana, la atmósfera angloamericana es generalmente nerviosa. Esta nerviosidad se desprende de las actividades aceleradas, cuyo anhelo nacional es lograr nuevos «récorde» en varios campos de la vida. Es un ritmo parecido al de un reloj, cuya marcha ininterrumpida está simbolizada en el funcionalismo coordinado de varios sectores del pueblo estadounidense. En este esfuerzo global el del individuo cualquiera está subordinado a las reglas de una tecnología elaborada y a sus implicaciones sociales. Es, pues, un proceso en que casi cada persona está forzada a una competencia y, por medio de ella, trata de igualarse con los demás competidores. Participa, así en la llamada «carrera del dólar», acomodando a ella sus ambiciones. Parece que la influye tanto la mística del trabajo como las motivaciones pecuniarias. Las complejidades de la vida moderna hacen del angloamericano medio víctima del funcionalismo ambiental, aunque no le privan de su independencia para tomar decisiones. Son consecuencias del rigorismo de la civilización angloamericana que estimula la creatividad, es exigente, pero también recompensadora.

Tales condiciones pocas veces conducen a un estrechamiento más íntimo de las relaciones sociales yanquis, pero no las excluyen. En general, son relaciones que ostentan rasgos de convencionalismo. Desde luego, hay grupos de afición e intereses afines, que cultivan amistad dentro de sus propios círculos profesionales. Los patrones de su conducta son algo distintos de los de los angloamericanos medios. Estos viven en una monotonía burguesa dentro de su seno familiar, que es dominado por las costumbres ambientales con varios

grados de rigidez. No faltan en él, desde luego, ni las penas ni las alegrías de una familia cualquiera. El vigor yanqui facilita su movilidad socio-económica, que se une al sentido igualitario y la dignidad humana, rasgos ostentados tanto por las mayorías como las minorías éticas estadounidenses. La tendencia de igualarse no tiene nada de utópico, ya que desprende del sistema democrático. Mucho énfasis se pone sobre la capacidad de la juventud, que goza de un tratamiento privilegiado. También se discute el «abismo» entre las generaciones, llamado «generation gap», cuya esencia es la discrepancia de criterios. Muy activos son los grupos de presión llamados «pressure groups», que ejercen influencia sobre el poder ejecutivo, legislativo y comunal, con el propósito de conseguir nuevas prerrogativas ciudadanas. En general, los angloamericanos luchan por sus privilegios más celosamente que otras naciones.

En resumen, la disparidad en la conducta social entre las dos Américas presenta, en términos generales, el siguiente cuadro. Muchos aspectos tradicionales del comportamiento de Hispanoamérica parecen todavía atarla con su pasado, pero ya se vislumbran esfuerzos de renovación mental. En tanto, los cambiantes rasgos colectivos de Angloamérica muestran un interés obsesivo por su futuro. Se lo ve a través de una mentalidad evolucionaria que cada vez más adquiere un ritmo revolucionario, en el sentido social y no político.

Las disparidades de la conducta social dependen, en no poco grado, del factor ecológico-humano. La creciente urbanización de Hispanoamérica es consecuencia del constante flujo de la población rural a las ciudades. Sus nuevos núcleos se establecen en los suburbios, transformándolos en barriadas pobres y empujando los sectores residenciales ciudad adentro. Es un proceso difícil para la adaptación campesina a la compleja vida granurbana, llevando rasgos de su desajuste social. En los Estados Unidos, el movimiento de semejante migración se dirige, al contrario, a los centros urbanos y causa a sus moradores pudientes marcharse a los suburbios. En estas nuevas comunidades suburbanas, con su opulencia, se nota un visible exclusivismo social, semejante al de la acaudalada clase hispanoamericana. A tal fenómeno estadounidense solemos llamar *civilización de suburbios*, que contrasta con los modales medios de la antigua burguesía o los algo rústicos del «nuevo» elemento migratorio. Tales circunstancias no contribuyen, desde luego, a la uniformidad ambiental, tampoco a la «estandarización» social.

Por fin, unas palabras sobre algunos modales de cada grupo novomundano, que se reflejan en los contactos interamericanos.

La amabilidad de trato y la ceremoniosidad, alrededor de las cuales giran las relaciones sociales y públicas en Hispanoamérica, se convirtieron en sus modales tradicionales. En cambio, la firmeza de propósitos y el apresuramiento en llevarlos a cabo, empujan a los angloamericanos a una conducta

si bien correcta demasiado «realista», que a veces es tildada de frialdad comercial. Son resultados de la diferencia temperamental y causan una visible *disparidad psicológica*. Se la nota, sobre todo, en las negociaciones de los dos grupos, evidenciándose en sus procedimientos. Los yanquis, debido a su postura pragmática, están exentos del conceptismo metafísico y ambiciones oratorias, cuya validez es favorecida por los hispanoamericanos. Tal circunstancia explica el por qué los hispanos están a menudo envueltos en prolongadas reflexiones y consultas, que no pocas veces nublan o alteran el curso de las negociaciones. Los angloamericanos son flexibles, pero firmes y expresan sus opiniones directamente, sin «echar flores», lo cual posiblemente dé la impresión de que sus modales son algo bruscos. En tanto, el lustre ciceroniano y el enredo en el problematismo de los hispanoamericanos, aunque muy efec-ticistas, producen a veces sensación de una vaguedad quiijotesca.

MEDITACIÓN EN TORNO A LA SOLEDAD

DR. JOSÉ RUBÉN SANABRIA
Universidad Iberoamericana

“EL HOMBRE NO ESTÁ SOLO, está más que solo. Es un mundo que se desconoce a sí mismo y que ni siquiera sabe que se desconoce. Un mundo que se reconoce desconocido, sin dejar por ello de desconocerse” (Max Jacob).

La soledad es una dimensión profundamente humana. Y por ello es desconcertante. Hoy más que nunca el hombre vive solo. A pesar de que los medios de comunicación han roto las barreras del tiempo y del espacio. A pesar de las concentraciones masivas en los deportes y en los “multifamiliares”. A pesar de las maravillas de la ciencia y de la técnica.

Vivimos una cultura en la que todo conspira contra el individualismo. El hombre sabe, por una larga y dolorosa experiencia, que no puede prescindir de los demás. El hombre solo, fracasa irremisiblemente. Nuestra cultura es masiva.

Las exigencias de la vida impulsan al hombre a la *coexistencia* y aun a la *convivencia* y a la *colaboración*. En las grandes ciudades el trabajo, ordinariamente, se realiza en centros y empresas en las que conviven multitud de personas.

Las habitaciones son enormes “multifamiliares” y “condominios”. Por todas partes surgen y proliferan clubes, sociedades, “peñas”, etc. Es casi imposible que el individuo no se encuentre con otros individuos cotidianamente. A veces es imposible no encontrarse con los demás, en el trabajo, en la calle, en el “metro”, en el autobús, en el estadio, en el cine.

Los medios de comunicación ofrecen infinitas posibilidades de trasladarse rápidamente de un lugar a otro. La radio, la televisión, el teléfono, el telégrafo, nos tienen en comunicación constante e instantáneo con personas y acontecimientos de todas las partes de la tierra. Las prodigiosas conquistas espaciales han proporcionado al hombre no sólo la posibilidad sino la no soñada realidad de estar en otros planetas y comunicar desde allá sus expe-